

A estas palabras estalla en las tribunas un grito de indignacion, y las diputaciones de las secciones se apiñan tumultuosas á las puertas del salon. Pache pide á la Convencion que les oiga; los girondinos quieren levantar la sesion. Fonfrede baja del sillón, y Hérault de Séchelles le reemplaza. Agradable al pueblo de las tribunas por la gracia de su rostro y por su juventud, grato á la Montaña también por el exagerado republicanismo que afecta, esclavo de toda popularidad por su ambicion, Hérault de Séchelles se ve acogido en la presidencia por los aplausos de la sala toda. Su sola presencia es la señal de una concesion. Muchos se retiran por no ser testigos de los ultrajes que van á hacerse á la Representacion nacional, y los montañeses se diseminan por los bancos desiertos.

El orador, en nombre de veintiocho secciones de Paris, vuelve á pedir á la Convencion que Hebert sea puesto en libertad. «Gemimos—dice—bajo el yugo de un comité despótico, como ántes gemíamos bajo un tirano. Devolvednos los verdaderos republicanos. Libradnos de una comision tiránica, y que sea en esta misma sesion...» «Sí, sí»,—exclaman los miembros de la Montaña. Apenas deja Hérault de Séchelles al orador de las secciones terminar su frase.

«Ciudadanos,—responde á los peticionarios,—la fuerza de la razon y la del pueblo son una misma cosa. Contad con la energía nacional cuya explosion notais en todas partes. La resistencia á la opresion es tan sagrada como el odio á los tiranos en el corazón humano. Representantes del pueblo, os prometemos justicia, y os la harémos.»

Estas palabras del presidente, repetidas de boca en boca desde el pié de la tribuna hasta en los jardines y patios, anuncian al pueblo su triunfo. En algunas horas, la mayoría, personificada en los tres presidentes de la sesion, se ha mudado tres veces á fuerza del impulso que el movimiento exterior ha comunicado al salon: resuelta primero é implacable en Isnard, moderada y conciliadora en Fonfrede, cómplice en fin y sediciosa en Hérault de Séchelles. Enardecidos por esta acogida otros oradores de las secciones, acrecientan su audacia é invectivas contra los Doce: «Los patriotas están aherrojados. Las escenas del 17 de Julio se preparan. La república se halla destruida. No en vano habrémos jurado vivir libres ó morir. El foco de la contrarrevolucion está en vuestro seno. ¿Será este palacio aún el de las Tullerías? Diputados de la Montaña, no podeis acercaros á esta sala sin andar sobre millares de cadáveres, sin ver la sangre de los patriotas que han conquistado para vosotros este palacio. Teneis á vuestra disposicion cien mil brazos armados. Os pedimos la libertad de Hebert, el proceso del infame Roland y la supresion de la comision de los Doce». «Cuando se violan los derechos del hombre,—responde Hérault de Séchelles,—es preciso decir: ¡la reparacion ó la muerte!»

Esta provocacion á la insurreccion desde la tribuna, dada por el presidente en nombre de la mayoría, es como una orden. Lacroix convierte en decretos las peticiones de las secciones, y la Convencion las vota. Unense los peticionarios á los diputados, ocupando los huecos hechos por la Gironda, y votan con ellos. Restáuyese la libertad á Hebert, Varlet y sus cómplices. Queda suprimida la comision de los Doce. La Convencion levanta la sesion á medianoche, y el pueblo satisfecho se retira en medio de las voces de *¡Viva la Montaña! ¡Mueran los veintidos!*

## LIBRO CUARENTA Y UNO.

Complots.—Lanjuinais.—Danton.—Hebert conducido en triunfo.—Calamidades públicas.—Política de Vergniaud.—Divisiones.—El 31 de Mayo.—Robespierre pronuncia el acta de acusacion contra los girondinos.—Votos concedidos á los peticionarios.—La Convencion.—El pueblo.—Los girondinos.

### I

Aquella fué una noche de agitaciones, terrores pánicos y conciliábulos. Mientras que los girondinos, reunidos en casa de Valazé, concertaban entre sí los medios de recobrar una victoria que los montañeses debian tan sólo á una sorpresa, Marat, Hebert, Dobsent, Varlet, Vincent, Fournier el Americano, el español Gúzman, que era á Marat lo que Saint-Just á Robespierre, Henriot y unos sesenta miembros de los más exaltados de las secciones, se reunieron en un salon del Arzobispado cerrado al público. Allí deploraron los resultados de una victoria que, no dándoles despojos ni víctimas, dejaba á sus enemigos la vida, la tribuna, la palabra, la prensa, partidarios en algunas secciones del centro de Paris, y las ocasiones de recobrar su ascendiente. ¿Qué importaban á aquellos hombres de sangre las oscilaciones infructuosas de mayoría en una Convencion que era libre aún? Querian una Convencion esclava, instrumento dócil de sus furoros, y que sólo conservase el nombre de Representacion nacional para encubrir el avasallamiento de los departamentos. Cada uno de aquellos hombres aspiraba al papel de los Gracos, de Clodio, de Mario, de Syla, de Catilina, y se creia más gran político á medida que meditaba más siniestras ejecuciones. Debatieron mil planes. Un jóven, más bien depravado que ilustrado por las letras, Varlet, desconocido aún, explanó un proyecto de asesinatos individuales, inspirado ostensiblemente por los recuerdos de Setiembre. Varlet habia fingido falsas correspondencias de los girondinos con el príncipe de Coburgo, documentos destinados á evocar la infamia y la execracion del pueblo sobre aquellos pretendidos traidores á la patria. Por la noche debia irse á prenderlos uno á uno en sus habitaciones, y conducidos sin aparato á una casa aislada del arrabal de Santiago, habian de ser muertos en secreto, sepultándolos en huesas abiertas de antemano en un jardin inmediato, y ocultando al público las causas de su desaparicion. Al siguiente dia, la publicacion de la correspondencia fingida entregaria sus nombres á la execracion pública, se divulgaria el rumor de su fuga á países extranjeros, y cuando la verdad llegase á desmentir estas suposiciones, ya estaria la república salvada, la municipalidad reinaria, y el pueblo daria gracias á sus vengadores.

Tal era el plan de Varlet, el cual halagaba á los ejecutores de Setiembre; pero

fué rechazado por Dobsent y por el mismo Marat, primero, por ser una superchería indigna del pueblo, y despues, por reducir las víctimas á muy poco número. Se resolvió que el mismo pueblo hiciera la purificacion, designando las víctimas que necesitase su venganza. Los unos fijaban en treinta el número de cabezas pros critas, y los otros lo hacian llegar hasta ochenta, dejando á la casualidad el cuidado de designarlas. Los conjurados se separaron para comunicar á las secciones y arrabales el santo y seña fijado por Marat, que era: «No más paliativos». Se ha escrito que en la misma noche otro comité superior de ejecucion, compuesto de Robespierre, Danton, Fabre, Pache y algunos otros miembros principales del ayuntamiento y Convencion, se habia reunido en Charenton, en la casa donde se urdieron los movimientos del 20 de Junio y 10 de Agosto, y que allí, los principales jefes de la Montaña se habian entregado recíprocamente sus enemigos, como Octavio, Antonio y Lépido; pero nunca se ha probado este aserto.

Arrastrado á pesar suyo en la lucha Danton, hubiera deseado que la victoria se limitase á la humillacion de los girondinos, pues estaba muy ajeno de conspirar por la muerte de los rivales que más admiraba y que ménos temia en la Convencion. Tenia sobre ellos la ventaja de la popularidad, que para él era suficiente, y su corazon se interesaba por ellos. «No,—decia la víspera,—no merecen tanto encono esos buenos oradores; son entusiastas y ligeros como la mujer que les inspira. ¿Por qué no toman á un hombre por jefe? Esa mujer los perderá; es la Circe de la república.» Danton aludia á madama Roland, que habia humillado su orgullo.

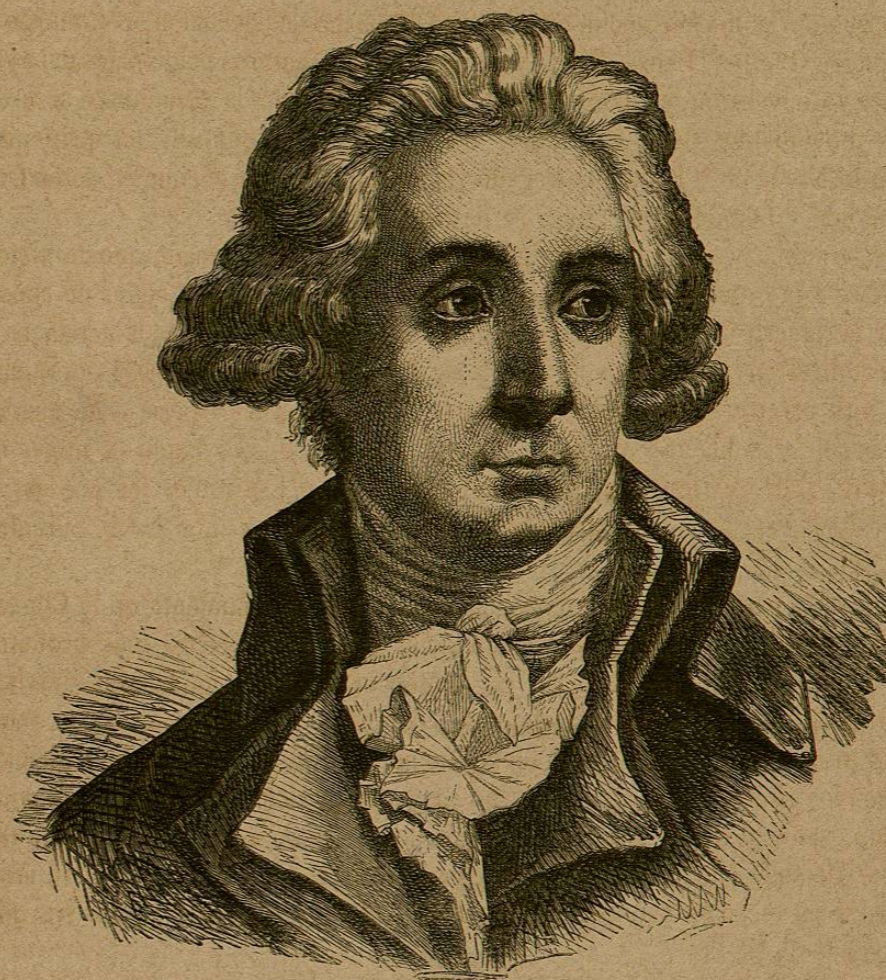
Inquieto y perturbado á consecuencia de aquel desquiciamiento de la Convencion, Robespierre se encerró la víspera de la crisis en el retiro más profundo, como un hombre que teme tocar á un acontecimiento por no hacerle desviar ó abortar. Sólo puso en la balanza algunas palabras exigidas á su situacion por el cuidado de la popularidad. Marat fué el único que alentó la cólera del pueblo y luchó con los girondinos cuerpo á cuerpo hasta derribarlos. ¿Era aquello venganza, ambicion, vanidad de un gran papel, ó inquietud de un espíritu que nunca descansaba? De todo ello habia en el carácter de Marat; pero su mayor gozo era el de hallarse en escena y representar al pueblo luchando á muerte contra sus pretendidos enemigos.

Los girondinos, reunidos en casa de Valazé, supieron las resoluciones del comité por una casualidad. Un confederado breton partidario suyo, llegado á Paris por entónces, pasaba la noche del 27 delante del Arzobispado, y notó que se apiñaban á la puerta algunos grupos, y que dejaban entrar al que enseñaba al conserje cierta medalla de cobre. Movido el breton por la curiosidad, sacó del bolsillo una moneda de cobre que confundió el conserje con la medalla. El confederado entró; pero no bien hubo empezado la deliberacion, cuando advirtió su yerro y temió ser descubierto; pero le salvaron la confusion y agitacion de los ánimos. Salió sin que nadie reparase en él, y corrió á avisar á un diputado de su departamento. Este le condujo á casa de Valazé, quien en union de sus amigos le suplicó que volviera la noche siguiente al foco de la conjuracion para que les refiriera lo que habia visto y oido. Expúsose otra vez el breton, y su rostro, ya conocido, aclara las sospechas de los conspiradores. Volvió á dar parte á Valazé; pero le habian seguido. Al dia siguiente se encontró un cadáver, lleno de heridas, flotando

en las aguas del Sena, llevando encima aún la moneda de cobre con la cual habia sorprendido á los conjurados.

## II

La comision de los Doce, á pesar del decreto de la víspera que la suprimia, estuvo aún reunida por la noche, deliberando sobre las medidas de resistencia que



Herault de Sechelles.

los girondinos se proponian obtener al siguiente dia en la Convencion. Todos los miembros de este partido y los de la Llanura fueron muy de mañana á la sesion. Isnard subió al sillón de la presidencia, decidido á adquirir de nuevo el ascendiente sobre la mayoría ó morir en su puesto. Las filas de la Montaña estaban desiertas, y los diputados vencedores la víspera descansaban en su triunfo, no queriendo dejar traslucir por su afan en acudir á la sesion que pudiera frustrarse aún su victoria. Lanjuinais entre tanto pidió con osadía la palabra.

Lanjuinais no era girondino, no participaba de la ambicion ni de los errores de este partido, no se habia mezclado ni en las tramas del 20 de Junio, ni en las del 10 de Agosto, ni en la sentencia de Luis XVI. Nacido en Rennes, de una respetable familia perteneciente al foro, él mismo abogado distinguido, filósofo cris-

tiano, sus ideas revolucionarias no eran más que una forma de su fe evangélica. Era la igualdad uno de sus dogmas. «La nobleza—escribía en una de sus primeras obras—no es un mal necesario.» Se había ejercitado en las luchas parlamentarias en los conflictos del tercer estado de la Bretaña contra la aristocracia, el clero y el parlamento de Rennes. Este mismo espíritu de oposición al antiguo orden de cosas le había hecho nombrar diputado en los Estados generales. Había sido uno de los fundadores del *club breton*. Hombre del Oeste y no del Mediodía, tenía aquella austeridad de conciencia y obstinación de carácter que no produce oradores, sino héroes, en los partidos. Religioso como un breton, controversista como un parlamentario, más republicano por costumbres que por convicción, Lanjuinais era uno de esos hombres que la pureza de su alma aísla en medio de los partidos, y que la generosidad de su corazón consagra á las causas abandonadas cuando en ellas creen ver la justicia y la verdad. Tenía además un valor que se enardecía ante el tumulto de las asambleas y ante la sedición del pueblo, como el del soldado ante el fuego. La opresión de los girondinos por el pueblo y la Montaña le había irritado la víspera. Para tener á Lanjuinais en sus filas, bastaba á un partido verse oprimido. Al presentarse, creyó la Montaña que iba á protestar, y se negó á oírle.

«Tengo el derecho de ser oído sobre la existencia del pretendido decreto de ayer,—dijo Lanjuinais.—Sostengo que no ha habido decreto; y si lo ha habido, pido que se revoque.» Los murmullos de la Montaña le interrumpen. «¡Todo está perdido, ciudadanos,—exclama Lanjuinais con el gesto de un hombre que contempla la ruina de su patria,—todo está perdido! Y os denuncio en el decreto de ayer una conspiración mil veces más atroz que todas cuantas se han tramado hasta aquí. ¡Cómo! De tres meses á esta parte, vuestros comisionados han hecho más prisiones arbitrarias en los departamentos que en treinta años de despotismo. Hombres hay que predicar hace seis meses la anarquía y el asesinato, y quedarán impunes.» «¡Si Lanjuinais no calla,—grita Legendre,—declaro que subo y le precipito desde la tribuna!» «¿Te figuras que soy un buey?»—replica Lanjuinais (aludiendo al oficio de carnicero de Legendre). «Y yo—dijo Barbaroux—pido que consten en el acta las palabras de Legendre, para atestiguar la libertad de que gozamos.» «¡Has protegido á los aristócratas de un departamento, eres un malvado!»—vociferan contra Lanjuinais los miembros de la Montaña. Levasseur declara que la comisión de los Doce ha sido instituida, no para prevenir, sino para ejecutar un complot contrarrevolucionario. Crúzanse entre los girondinos y sus enemigos las más violentas invectivas, negando los unos y afirmando los otros que se había dado el decreto.

Guadet obtiene la palabra. «Hablais de legitimar un decreto dado en el momento en que los legisladores, encarcelados en este recinto después de la dispersión de la guardia, deliberaban bajo la cuchilla, en medio de amenazas, ultrajes y violencias; cuando muchos de nosotros, especialmente Petion y Lasource, no pudieron abrirse paso para llegar á sus puestos; cuando, en fin, algunos peticionarios sediciosos se veían animados por el mismo presidente (que ya no era Isnard) á doblegar la voluntad de la Convención ante la del pueblo amotinado.»

Robespierre, afectando una voz débil y sus fuerzas agotadas, pronuncia algunas frases amargas y lastimeras sobre la tiranía de los Doce. El rumor de la Llanura ahoga la palabra del orador. Se vota la revocación del decreto de la víspera que destituía la comisión de los Doce. Una débil mayoría anula este decreto. El asombro petrifica á la Montaña. «¡Es preciso cubrir con un velo la estatua de la Libertad!»—exclama Collot-d'Herbois.

Danton, que trata aún de eludir la ruptura definitiva de la Representación, se levanta y quiere presentar con habilidad el último medio de conciliación á los girondinos vencedores. «Vuestro decreto de ayer—dice á la Convención—era un grande acto de justicia, y me complace en creer que ántes de terminarse esta sesión le volvereis á dar; pero si la comisión de los Doce recobrase el poder que quería ejercer sobre los miembros de esta Asamblea, si el hilo de la conjuración no se hubiese roto, si los magistrados del pueblo no fuesen devueltos á sus funciones, después de haber probado que sobrepujamos á nuestros enemigos en prudencia, les probaríamos también que les sobrepujamos en audacia y vigor revolucionario.»

Todos los miembros de la Montaña se asocian con sus voces y ademanes á la declaración de Danton. «Y nosotros—replican los girondinos—pedimos venganza á los departamentos, y no al pueblo de las tribunas.» Marat quiere hablar. «¡Abajo Marat!»—exclama la Llanura en masa. Rabaut Saint-Etienne, relator de la comisión, quiere leer por último el informe de los Doce, pero se niegan con obstinación al oírle, é invoca la prioridad para el informe.

«La prioridad está en el cañón de alarma»,—responde la Montaña. Las tribunas ahogan con su estrépito la voz de los girondinos, y el presidente se cubre. «La contrarrevolución está aquí»,—dice Thirion. «Ya no somos libres; vamos á nuestros departamentos»,—exclama Cambon. Piden los montañeses, conforme á las insinuaciones de Danton, la libertad de Hebert, y la Llanura, en virtud de una proposición de Boyer-Fonfrede, se apresura á votarla.

Algunos peticionarios reclutados é inspirados por los girondinos piden que se les oiga. «Ya es tiempo—dicen—de que esta lucha termine; es tiempo ya de que un tropel de malvados, ocultos bajo la capa del patriotismo, desaparezca; es tiempo de que una minoría turbulenta éntre en el orden. Decid una palabra, y os vereis rodeados de defensores dignos de la causa que os está confiada. Por una parte se verán los buenos ciudadanos, y en la otra un puñado de foragidos.» Interrumpidos por el mugido de la Montaña y de las tribunas, los peticionarios reciben las felicitaciones de Isnard y los honores de la sesión.

«¿Ordenareis—dice Danton—la impresión de tal manifiesto? El pueblo francés está pronto á volver sus armas contra sus enemigos. Cuando quiera, aniquilará en sólo un día á hombres bastante estúpidos para creer que hay distinción entre el pueblo y los ciudadanos. Tened presente que si se vanaglorian de obtener aquí la mayoría contra nosotros, teneis una mayoría más considerable en la república y en París.» «Sí, sí»,—responden las tribunas. «Ya es tiempo—prosigue Danton—de que el pueblo no se limite á la defensiva; ya es tiempo de que ataque á los fautores del moderantismo; ya es tiempo de que caminemos con arrogancia en la carrera que hemos emprendido; ya es tiempo de asegurar los destinos de Francia; tiempo es ya de coligarnos contra las maquinaciones de todos los que quieran destruir la república. Un día hemos manifestado energía, y hemos vencido. No, París no perecerá. A los brillantes destinos de la república irán unidos los de esta ciudad.»

dad famosa que los tiranos querían aniquilar. París será siempre el terror de los enemigos de la libertad; y sus secciones, en los grandes días, cuando el pueblo se reuna en masa, harán siempre desaparecer esos miserables fuldenses, esos cobardes moderados cuyo triunfo sólo es de un momento.»

Esta elocuente digresión de Danton, acompañada de unánimes aclamaciones, terminó la sesión, dejando indeciso el éxito de la jornada. «¿De qué me sirven vuestras quejas?—dijo Danton, saliendo de las Tullerías, á los grupos que le cercaban.—Sólo veo á los enemigos. ¡Marchemos juntos contra los enemigos de la patria!»

Aquella noche, Hebert fué conducido en triunfo desde la cárcel á la casa municipal, donde recibió una corona de laurel de manos de Chaumette. Se pidió que en expiación del cautiverio de Hebert, la comisión de los Doce fuese llevada ante el tribunal revolucionario. Hebert, quitando la corona de su frente, fué á depositarla en el busto de Rousseau, el primer apóstol de la libertad. Los artífices de la revolución rendían siempre culto al primer pensamiento de su obra en el autor del *Contrato social*, que tantas veces hubiera dejado de reconocer semejantes discípulos. La sesión del día siguiente en la Convención fué tranquila; calma engañosa que con frecuencia precede de cerca á las tempestades, así en los movimientos del pueblo como en los fenómenos atmosféricos.

La sesión del club de los Jacobinos del 30 fué el preludio de las tormentas del día siguiente. Mientras el comité insurreccional del Arzobispado concertaba el movimiento, Legendre y Robespierre en los Jacobinos, Marat y Danton en los Franciscanos, sostenían la efervescencia de la opinión. «Me siento incapaz—dijo Robespierre—de prescribir al pueblo los medios de salvarse, porque esto no es dado hacerlo á un solo hombre; esto no lo puedo hacer yo, fatigado por cuatro años de revolución y por el espectáculo desgarrador del triunfo de la tiranía. No me es dado á mí indicar esas medidas, á mí, que estoy consumido por una fiebre lenta, y especialmente por la fiebre del patriotismo.» Esta aparente resignación del patriotismo impotente abandonado por sí mismo, era la incitación más hábil á la energía desesperada del pueblo. «No, no,—le respondió uno de los más exaltados jacobinos,—nunca creará la posteridad que veinticinco millones de hombres hayan podido dejarse subyugar por un puñado de intrigantes, ó no verá en nosotros más que veinticinco millones de cobardes. Digo que mañana es preciso que se estremezca el bronce, que retumbe el cañón, y que todos los que no se levanten contra el enemigo común sean declarados traidores á la patria. Cuando resuene el bronce alentaré esta armonía á los cobardes, que se alzarán con nosotros, y exterminaremos á nuestros enemigos.»

### III

Circulaban por todo París las medidas insurreccionales del comité central del Arzobispado. El Consejo municipal, reunido en sesión permanente en el ayuntamiento, comenzaba á hablar como dueño y á amenazar á la Convención. Las secciones, tumultuosamente reunidas, se agitaban en deliberaciones contradictorias, según que la ausencia ó presencia de sus individuos daba ó quitaba la mayoría á uno ú otro de los dos partidos. Las noticias siniestras que llegaban una tras otra

de la Vendée, de las fronteras y del Mediodía, esparcían el terror en el alma del pueblo, disponiéndole á tomar un partido desesperado. Desastres en el ejército de los Pirineos, la retirada más semejante á una derrota del ejército del Norte, Valenciennes y Cambrai bloqueadas sin poder ser socorridas, y contando día por día la duración de una resistencia que se creía imposible; las tropas republicanas derrotadas en Fontenay por las fuerzas realistas de Lescure, Marsella en efervescencia,



Hebert llevado en triunfo á la casa de la ciudad.—Pág. 484.

Burdeos exasperado, Lyon dejando escapar las primeras chispas de la insurrección que se abrigaba en sus muros; todas estas calamidades á la vez cayendo sobre la república, desgarrada entonces mismo en la Convención, exasperaban los ánimos contra los hombres ó débiles ó pérfidos que gobernaban desgraciadamente la patria.

El pueblo, no sabiendo á quién echar la culpa, achacaba á los girondinos todas las calamidades del momento. Estos, para resistir al torrente de impopularidad dirigido contra ellos, no tenían más que la fuerza abstracta de la ley. Las bayonetas y picas de la guardia nacional flotaban al acaso, á merced de la versatilidad de las secciones. Entre oradores intrépidos por una parte que apelaban á departamen-